

CARTAPACIO



UN TEATRO PARA BORGES

José Martín Elizondo



CARTAPACIO

Un teatro para Borges se estrenó en el Real Coliseo de Carlos III
de San Lorenzo de El Escorial el 1 de febrero de 1992
interpretada por José María Cañete.

Personajes:

ADECUADOR

(Escenario vacío. Llega el ADECUADOR / ACTOR. En su manera de vestir recuerda la elegancia del poeta. Una silla en el lateral izquierdo, único dispositivo. Sobrio y distante, el Adecuador reconoce el escenario. Luego recoge otra silla que coloca en el centro.)

ADECUADOR.—El decorado pesado, digan lo que digan, como el abundante mobiliario, es reaccionario y despreciable. Además que supone no tener ninguna consideración por los tramoyistas. Perdonen que les hable en calidad de director de escena, de metedor en escena, como creo que siguen diciendo aún en Buenos Aires...

(Música lejana de tango. El adecuador muestra alguna sorpresa. Después se dirige al público.)

Un segundito, esperen un instante. Ya saben lo desmañado que es Borges para la mecánica. Como no consigue hacer funcionar los viejos gramófonos canturrea por su cuenta las viejas milongas. Su voz es monocorde, algo sorda, el compás queda algo maltratado. Ah, y los finales algo enfáticos...

(Cantando con música de tango.)

Una mesa, una silla. Sobre la mesa una lámpara que proyecta un cono de luz tenue. Sobre la mesa igualmente una jarra de agua, un vaso y un mazo de cuartillas. *(Hablando.)* Una puesta en escena mínima. Una reducción a lo más estricto.

(Mientras se vuelve a oír música lejana el Adecuador / actor sale y vuelve con un libro. Adopta ostensiblemente la pose del lector miope.)

ADECUADOR.— ¡Señores y señoras, qué calamidad! (*Una pausa, como un lamento.*) Borges sigue ausente. Si el Señor Borges no se ha presentado, sus imperiosas razones tendrá. Yo soy su adaptador. Mejor dicho un humilde adecuador de sus errancias. Él no ha querido dar a la estampa ninguna obra dramática y todo él es drama y creación de una multitud de personajes vivos, desgarrados, pensantes, actuantes... Supongo que suponía que, para él, el teatro, como el mundo en el que se movía su mente, el teatro era el viaje, la huída, el encuentro fortuito... El verdadero, el auténtico teatro para él, seguro que era un parque, un castillo, la Pampa, el Gran Chaco que se pliega y cabe en un maletín de viaje... Bueno, cada una de esas cosas y todas esas cosas al mismo tiempo.

(*Imaginando la presencia del poeta.*)

¿Por qué, Señor Borges, le han de ocurrir las cosas al otro Borges? Caminaba, decía él, por las calles y, de pronto, su paso se volvía tardo. Avanzaba incluso mecánicamente y su mirada era atraída lo mismo por el arco de un zaguán que por una cancela... De su alter ego, de su otro yo, tenía él noticia porque le llegaba una carta a nombre de Borges o leía ese nombre en un diccionario donde figuraban las vidas y milagros de algunos personajes célebres. Le gustaban mucho las cosas más bien arcaicas, como los relojes de arena o la tipografía del siglo XVIII. Y lo más curioso del caso es que el otro compartía sus mismas preferencias. Y esto es lo que más me ha conmovido a mí, simple actor: el que compartiera tales gustos de un modo vanidoso hasta el punto que las convertía en el atributo del actor. ¿Sabían cómo justificaba su literatura? Borges A se dejaba vivir para que Borges B pudiera ir escribiendo su obra. Con todo, él repetía constantemente que las páginas más logradas, las páginas más bellas de su producción no eran suyas propiamente dicho y, por lo tanto, no podían salvarle. Precisamente por eso: porque si eran válidas no podían ser ya de nadie. «Porque lo bueno ya no es de nadie» decía textualmente. ¡Ah!... y tampoco del otro ya que pertenecían más bien al lenguaje, al acervo de todos.

(*Da unos pasos por el estrecho corredor laberíntico que acaba de trazar.*)

Yo creo que sabía que se perdería por su laberinto. Que el destino le señalaba este final y que, únicamente, algún instante fugaz de él podría sobrevivir al otro.

(Con gesto lleno de nostalgia.)

Así fue, día tras día, cediéndole al otro, al tiempo que recordaba que «todas las cosas quieren perseverar en su ser, así como la piedra quiere ser siempre piedra, y para siempre piedra, y el tigre, tigre». De esa manera, después de amañar y urdir su laberinto, después de haber tejido la tela de araña que lo mismo apresaba al otro, su rival, como a él, Borges o los dos Borges A y B, si es que eran alguien sumados los dos —esto lo diría él también— se reconocería más fácilmente en los libros de otros que en los suyos propios, así como también en el rasgueo de una guitarra. Así fue cómo intentó escapar de sí mismo recorriendo en la huída los arrabales míticos y acudir a la cancha donde se juega la partida que siempre se pierde, la del tiempo.

«Tango, tango tú eres el que se queda / y yo soy el que se va...»

(Termina tatarcando un tango mientras rasguea una guitarra invisible.)

ADECUADOR.— Lo mismo que podía hacer del velador de un café un lugar de encuentro, Borges transformaba cualquier hecho real en verdad fantástica. El gato de su casa, seguro que el gato, en más de una ocasión, se le volvió tigre-tigre. No el tigre de cerámica azul que hay en su dormitorio. Nada que se parezca al miedoso al que los dedos se le vuelven huéspedes. No era el terror a la fiera salvaje, era el amor mezclado de asombrosa admiración por él, «un tigre que quería persistir siendo tigre». «Soñé —dice— con el tigre azul que al andar proyectaba una larga sombra». Soñó, digo, cuando sabía que vivía agazapado a sus pies, clavándole sus ojos de verde mirada preñada de interrogantes.

(Imitando la voz del Tigre.)

—Yo soy uno de tus discípulos, maestro. Quiero hablarte a solas, no en el camino arenoso, no. Más bien en el espacio del desierto.

(Cambio de voz.)

—Dime ¿qué nostalgia te habita, tigre, qué pesar te abruma?

(Cambio de voz.)

—A pesar de ser tigre me falta valor y fiereza.

(Cambio de voz.)

—¿Tú, que has devorado tantas presas? ¿Timorato, tú?

(Cambio de voz.)

—No es el miedo a enfrentarme con la lanza del salvaje o el fusil del cazador blanco... es el valor de seguir siendo tu animal doméstico.

(Cambio de voz.)

—¿Te impongo yo alguna servidumbre que no puedas abordar?

(Cambio de voz.)

—Me sueñas y resueñas, que es lo mismo que decir que me desuellas. Tu soñar está plagado de cuchillos, de noches heladas, de infiernos y de pesadillas de muerte. Quiero solo soñar mi sueño de pastos verdes, de presas alocadas al presentir mi presencia. Me abrumas, Borges, con tu hilvanar a toda hora la parábola en busca de la verdad que sabes que no existe. ¿Me dejas que te devore y así acabamos?

(Cambio de voz.)

—¡Soooo! ¡Calma, Beppo ¡Oh perdona! Beppo es el nombre del otro, de mi gato. ¡Sooo, tigre!

(Cambio de voz.)

—Llámame como quieras. De todos modos sé que lo que buscas no es la verdad, ni siquiera la verosimilitud. Que lo que buscas es el asom-

bro... Yo soy para tí como el otro asombro. ¿A qué le das mil vueltas a ese laberinto tuyo? Me sé tus tretas mejor que las mías. No solo barajas laberintos y espejos sino ciudades inaccesibles y desiertos y unos atardeceres interminables y la lluvia que dices, no sé por qué, siempre sucede en el pasado.

(Cambio de voz.)

— Tigre, hoy estás intolerable y discursero.

(Cambio de voz.)

— Estoy perplejo, señor poeta.

(Cambio de voz.)

— ¡Sal de aquí! ¡Huye a tu fugaz carrera, a tu monte de presas fáciles!

(Cambio de voz.)

— ¡Ja! Habría que saber salir de tu conventillo. Se entrecruzan corredores, puertas, poemas que te arrojan a un cuento, cuentos que te meten en un sueño, sueños de los que nunca ya escapas. Porque tú, a los soñados, nos metes en un libro que dejas luego olvidado para siempre en un tranvía o en el velador de un café como este que acabas de habitar para idear otra ficción, la de esa dama a la que, estarás de acuerdo conmigo, no le he tocado ni un pelo de la ropa, a la que no he rozado ni con el más fino bigote de mi hocico, aunque moría en deseos de devorarla. ¿Me oyes, Borges?

(Cambio de voz.)

— No sé cómo te soporto...

(Cambio de voz.)

— ¿Me soportas? Esto es el colmo de la desfachatez y de la insolencia. ¿Soportarme a mí que soy el animal más valioso de tu catálogo? Bor-

ges, Borges, ¿no andarás ya por el otro lado del espejo? Muchos indicios me dicen que eres ya un hombre cansado, un escritor demasiado solicitado...

(Cambio de voz.)

—Yo soy el único interlocutor que tienes. Si dejas de escucharte dejas de existir.

(Cambio de voz.)

—Lo mismo has dicho de los que te escuchan ahí, alineados unos tras otros, abajo en esa media penumbra.

(Cambio de voz, al público.)

—¡Perdón! Verdad es que he dicho o que habré pensado decir que soy el único espectador de mis espectadores y que si dejara de verlos se disiparían, esfumados... ¡Perdón!

(Dirigiéndose al Tigre que ha salido buyendo, el ADECUADOR lo indica por medio de un ademán.)

—¿Huido? ¿Por dónde?

(Breve transición.)

ADECUADOR.— Señor Borges ¿ha de ser el teatro, como la vida, un breve sueño agitado? Vertiginosos años de luz, vertiginoso escenario de esplendor ¿puede que esta sea la luz intensa que Borges viera constantemente en su ceguera? Lento, decía, en la oscuridad exploraba la penumbra hueca por medio de un incierto bastón, Borges que siempre imaginó el paraíso en forma de biblioteca. Acaso lo importante sería saber por qué razones Borges ha dicho mil veces que era un impostor.

(Breve pausa.)

Un día se descubre la impostura, el inmenso fraude. ¡La obra maestra de la impostura! Su ceguera era pura invención. Anduvo por la vida en el papel de invidente. ¿Para qué? Para poder contemplar las cosas con la otra mirada, la mirada interior... Algo había en él que le empujaba a la invisibilidad. La ceguera, como la otra cara del vacío:

«Mirar el río hecho de tiempo
y recordar que el tiempo es otro río
saber que nos perdemos como el río
y que los rostros pasan como el agua.
Sentir que la vigilia es otro sueño
que sueña no soñar y que la muerte
que teme nuestra carne es esa muerte
de cada noche que se llama sueño.
...
ver en la muerte el sueño, en el ocaso,
un triste oro, tal es la poesía
que es inmortal y pobre.»

Hubo un tiempo en que llegaba a decir poemas enteros. El que más me hacía vibrar, uno de los que más me cautivaba era ese de:

«Yo que sentí el horror de los espejos
No solo ante el cristal impenetrable
Donde acaba y empieza inhabitable
Un imposible espacio de reflejos.»

Luego sí. Se han ido borrando de mi memoria. «La memoria está hecha de olvido», decía el maestro. ¡Qué verdad ha sido para mí! Olvidé los poemas. Solo me quedan trozos, ruinas de poemas. ¿Que les diga alguno? Se lo estoy diciendo... solo conservo en la memoria algún resto...

(El ADECUADOR / ACTOR se va situando cara al muro del fondo. Descolgándose de las alturas o viniendo del lateral, aparecen una serie de espejos superpuestos como intentando formar una perspectiva. Sus azogues están borrosos, sus reflejos tiemblan ante la luz convertida en grisácea decoración.)

ADECUADOR.– ¿Son los espejos de qué? ¿de quién? Yo que trato de preservar algo de apariencia. (*Además vago con la mano.*) Lo que me queda de la condición de actor... Cuando era niño, mis posesiones cabían en una caja de cartón... Mi viejo amigo... Esa luz de botella que habitas ahora... No, Borges no es el culpable. El solo se encarga de decir que los espejos... A ver si recuerdo... «Prolongan este mundo...» No.

«Prolongan este vano mundo incierto
En su vertiginosa telaraña.
A veces en la tarde los empaña
El hálito de un hombre que no ha muerto.»

(*El ADECUADOR / ACTOR trata de empañar los espejos con su aliento. Luego coge un libro y lee.*)

«Nadie rebaje a lágrima o reproche
Esta declaración de la maestría
de Dios que con magnífica ironía
Me dio a la vez los libros y la noche.
De esa ciudad de libros hizo dueños
A unos ojos sin luz, que solo pueden
Leer en las bibliotecas de los sueños...»

En el autobús que iba del teatro a mi casa es donde he ido aprendiéndome muchos versos de Borges. Después he trabajado a fondo la manera de decirlos. Al principio me parecía fácil. Luego, según iba adivinando la vida que encerraban, iba perdiendo confianza... Después, como el mismo poeta que ha tenido que edificar con la escoria de sus sueños un laberinto, el actor levanta el suyo con los restos de las tiradas que ha ido aprendiendo en su carrera. Como les decía, ensayaba día tras día. La acumulación de las ideas que acarrear los poemas de Borges anulaban, en cierta forma, borran de la memoria las palabras que constituyen sus versos. En cierto modo, el actor que yo soy se veía perforado por las palabras... Escuchen... de pronto me viene el final de *Los espejos*:

«Nos acecha el cristal. Si entre las cuatro
paredes de la alcoba hay un espejo,

ya no estoy solo. Hay otro. Hay el reflejo
que arma en el alba un sigiloso teatro.»

(Pausa. Luego desarrollando el Adecuador / actor otra fantasía.)

Un día iba en el autobús... De pronto una muchacha espléndida... ¿o se trataba de una chica triste? Eso sí, tenía unos enormes ojos grandes, centelleantes, y un cuerpo maravillosamente formado... Muchas tardes, y alguna noche que otra, salíamos juntos a recorrer el barrio donde vivía. No se puede decir que llegamos a amarnos o por lo menos que ella estuviese enamorada de mí. En ella se albergaba una intensidad que nada tenía que ver con el deseo y que me resultaba desconcertante. Ejercía sobre mí una fascinación no exenta de temor... Hace poco me ha llegado la noticia de que ha perdido la razón. Cuando me han contado el detalle que se refiere a los espejos velados en los que ella decía que veía mi reflejo, recordé que, entre otras cosas que se cuentan a las muchachas, le había contado algo sobre el poder alucinatorio de los espejos. Recuerdo que la despedí desde el autobús... Le hice así, adiós con la mano. El río de la circulación me llevó consigo. Yo sé ahora que aquella despedida no fue un «hasta mañana» sino una separación para siempre. He leído que el alma puede huir cuando muere el cuerpo... ¿Adónde voy a parar trayendo a cuento este recuerdo? «Creo que los adioses niegan la separación. Que este a modo de ritual es un juego. Inventamos el adiós porque en el fondo nos creemos inmortales». Sí, alguna vez la encontraré, volveré a ver a la muchacha de los espejos velados. Entonces nos preguntaremos si éramos nosotros los que nos perdíamos en el crepúsculo de una ciudad en medio del llano... Si yo fui Borges y ella la muchacha delicada que me escuchaba, que abría unos ojos inmensos cuando le narraba una de mis alucinaciones...

Cuando yo era niño sentí ese pavor que surge ante los espejos que desdoblan y multiplican hacia lo infinito la realidad. Su desdoblar infalible y continuo, su forma de perseguir cada uno de mis movimientos, su cósmica pantomima, se volvía sobrenatural en cuanto anochecía. Una de mis plegarias más apremiante a Dios y a mi ángel de la guardia era que no permitieran que soñara con espejos. Yo sé que no dejaba de vigilarlos. Temí, en algunos momentos, que no reflejaran la realidad y en otros que, por unos extraños lances, me devolvieran la imagen destrozada de mi rostro.

(Después de una pausa como hablándose a sí mismo.)

Perdido en mis divagaciones se había ido apoderando de mí y del otro la penumbra. Nos vimos las caras de refilón. Su muda presencia decía algo de la muerte. Sé que la muerte es lo más absurdo que le puede suceder al hombre y que a pesar de todo el alma es inmortal.

(Pausa.)

«De estas calles que ahondan el Poniente
Una habrá, no sé cuál, que he recorrido
Ya por última vez, indiferente...»

La memoria es olvido.

«Hay una línea de Verlaine que no volveré a recordar,
Hay una calle próxima que está vedada a mis pasos,
Hay un espejo que me ha visto por última vez,
Hay una puerta que he cerrado hasta el fin del mundo.
Entre los libros de mi biblioteca (estoy viéndolos)
Hay alguno que no abriré.
Este verano cumpliré cincuenta años;
La muerte me desgasta, incesante.»

(ADECUADOR / ACTOR, sentado.)

He perdido infinidad de cosas aunque esas pérdidas ahora obran en mi posesión; caminan conmigo y hasta dialogan conmigo al igual que las voces amigas que resuenan no solo en la memoria sino también en mis oídos. He perdido el laberinto. Mejor dicho, los laberintos. ¿Cuántos eran? Aquel que figuraba en un grabado, dentro de un libro de rojas tapas que había editado Garnier. Un amplio edificio como un tambor, como esas torres de Babel que nos pintan en los libros que leemos los chicos. El laberinto de las calles que convergen para luego divergir y perderse en la línea borrosa de un horizonte lejano. Yo he escrito que «solo lo que ha muerto es nuestro». He perdido o voy a perder pronto Buenos Aires y Buenos Aires será más que nunca mío. También he afirmado que «no hay más paraísos que los paraísos perdidos.»

(Transición. El ADECUADOR / ACTOR hace referencia a otro asiento recreando la presencia de Borges.)

Aquella tarde había huido de la Biblioteca Nacional. ¿Qué buscaba en la terraza de aquel café cercano a su lugar de trabajo? La neblina o más bien la nube clara, la luz lejana, que venía a extender su pantalla ante sus ojos parecía más vibrante que de costumbre, es decir se veía poblada de sombras que continuamente centraban lo que abusivamente se podía llamar su campo visual. Iban y venían las larvarias siluetas de los clientes. ¿Era aquel su teatro de sombras? Yo me inclino más bien a creer que aquel tenía para Borges el secreto encanto del ámbito en el que, al penetrar, pasas a ser otra sombra, es decir un ser desprovisto de existencia personal. La Biblioteca quedaba a sus espaldas. Borges no perdía fácilmente el sentido de la orientación. Siendo así, el bibliotecario pasaba a ser el fantasma que había desertado de su puesto para ejercer de sombra anónima, en medio de la muchedumbre bulliciosa. Hacía tiempo que había descubierto que todos los libros eran un mismo libro «abominables como los espejos». Borges «contemplaba» incansablemente el continuo ajeteo de los seres que le rodean. Entonces le asalta la idea de que su propio ser no es acaso más que vanidad. Siguiendo este orden de ideas, le viene a la mente aquello que ha escrito Shakespeare: «Nadie hubo en él. Detrás de su rostro y de sus palabras que eran copiosas, fantásticas y agitadas, no había más que un eco de frío, un sueño no soñado por alguien».

(El ADECUADOR / ACTOR se pone de pie y se vuelve dándole a sus movimientos un ligero encochetamiento de invidente.)

Antes de separarse de la mesa del café tiene una leve inclinación como despidiéndose de nadie o de alguien que es nadie; es decir de sí mismo volviéndose a situar mentalmente en el asiento que acaba de dejar. Los tertulianos de las mesas vecinas interrumpen su charla para escuchar el sorprendente diálogo sin interlocutor visible. Borges, con voz suave, interroga la mesita de mármol.

—Perdone que me encuentre en la necesidad de acudir a mi tarea. Encantado de haberla conocido. Mi trabajo en esa Babel que es la Biblioteca me espera. Con él me esperan kilómetros de estanterías y anaqueles... No, no, como dice un amigo mexicano, la Biblioteca de

Babel no está en Londres ni en París sino en mi Biblioteca. Vamos, en la Biblioteca en donde trabajo. Sí señora, qué razón tiene Vd al replicarme, diciéndome que el universo es un inmenso libro. El mismo mundo es un inmenso abecedario.

—Ya, ya, —le responde la dama invisible—. Su amabilidad es infinita.

—¿Mi amabilidad? —se apresura a preguntar el poeta.

—Sí, su amabilidad. Con ella acaba de hacerme más comprensible el cuento de ese autor argentino. ¿Cuál es su título? Ah, ya, ya, recuerdo, El Aleph. ¿Lo ha leído Vd? —pregunta a continuación la dama.

—Sí —dice Borges con la mayor sencillez.

—¿No conocerá a su autor, por casualidad?, —pregunta de nuevo ella.

Borges ilumina su rostro con una gran sonrisa; al mismo tiempo y a pesar de su aspiración al total anonimato, experimenta una punzada de voluptuosidad al declarar, «tontamente» como se lo reprochará instantes después:

—Señora, ¿que si lo he conocido? Su nombre es Borges.

—Borges, sí, Borges —vuelve a repetir ella—. ¿Lo conoce por casualidad?

—Sí, señora, sí. Borges, soy yo.

—Está vd bromeando, replica ella.

—De ninguna manera, —asegura el poeta—. Le puedo recitar trozos enteros del libro, añade.

—Es maravilloso, es fantástico, —exclama ella, poniéndose en pie—. Mi hijo mayor no lee otros libros más que los suyos. Pero ¿de verdad, es usted Jorge Luis Borges?

Dos o tres clientes del café, aunque no han comprendido el juego en su totalidad, sueltan el trapo de la risa. Borges les sonríe, les dedica una reverencia y toma la dirección, con paso cierto, erguido como cualquier vidente, de la Biblioteca Nacional. Un júbilo nunca conocido hasta entonces le invade. Tararea una milonga mientras su silueta se pierde con paso firme entre la muchedumbre que puebla la avenida.

(*El ADECUADOR / ACTOR interroga a la supuesta silueta del poeta.*)

CARTAPACIO

—Borges, dime ¿estás seguro de que esa Biblioteca a la que te diriges no es otra invención tuya?

(Al público. La luz va decreciendo lentamente.)

ADECUADOR.— Sin respuesta. Alguien ha dejado de soñar o alguien sueña. ¿Qué no habrá soñado el Teatro cuando sueña todos los lugares? Ha soñado con el actor que arrebata su arte y su fuerza en el fondo del odio. Ha soñado que arrebataba el fuego para quemar en una noche a todas las grandes figuras de la Historia. Ha soñado mil soles nunca repertoriados. Ha soñado las lunas enharinadas y todos los payasos. Ha soñado en los coturnos que llevó un día Fedra. Ha soñado en las generaciones de reyes y en el rosario de papas que se disfrazan de pequeños dramaturgos. Ha soñado con levantar en el Escorial una tumba de nubes para el rey del sueño. Ha soñado, a lo mejor, que yo le soñaba... Ha soñado...

(Se oyen los primeros compases de una milonga. El actor baila con una silla.)

Ha soñado que Borges sabía que todo el teatro ocurría entre las cuatro paredes del cráneo averiado...

(Canturrea la milonga. La música cesa en el acto.)

... Soñado hasta con el juego de los salones pero de eso hace ya mucho tiempo... soñado con Borges aunque él nunca haya soñado con él... Sí, soñado...

(Vuelve a sonar la Milonga.)

OSCURO